

LA IZQUIERDA ANTE LAS ELECCIONES

DOS elecciones legislativas coinciden en una misma fecha, la del domingo 4 de marzo: las de Chile y las de Francia. La pura simultaneidad cronológica no bastaría para emparejarlas si no hubiera otras relaciones, y hasta concomitancias, más importantes: François Mitterrand, que dirige la coalición de la izquierda francesa, fue a Chile para estudiar de cerca la forma en que se había realizado la coalición chilena y llevarla a la práctica de una forma parecida. Son dos elecciones de «blanco o negro», de izquierda o derecha. En las dos, la izquierda aparece con un carácter de frente popular, aunque con otro nombre. Y en las dos aparece integrado el partido comunista dentro de la coalición, no como partido revolucionario, sino como partidario del sistema, mientras grupos más a la izquierda le discuten o le «contestan». La fecha, por consiguiente, tiene una trascendencia, sobre todo teniendo en cuenta el movimiento político general en el mundo, que tiende a una repulsa de los conservadurismos y a la apertura de una «nueva era». Todo ello dentro de un escenario muy moderado, muy relativo.

Las diferencias

Las identidades terminan ahí. Luego, las diferencias son considerables. Diferencias sociales, económicas, geográficas. La lucha política es más radical en Chile, porque su desarrollo económico y social es menor, y por consiguiente, el enfrentamiento está más cargado, los intereses son más fuertes. Hasta el punto de que en Chile se habla de una posterior resolución del problema por la fuerza de las armas si las elecciones no fuesen suficientes para dirimir los problemas. Esta tensión diferencia también los personajes, los protagonistas. Si bien puede decirse que Allende es hombre de condiciones psicológicas e intelectuales más pausadas, más profundas, me nos

aventuristas que Mitterrand, en la práctica y en el contexto en que viven, Mitterrand aparece como más pactante, más moderado, más sosegado que Allende; en razón de la importancia del juego. Las mismas diferencias pueden establecerse entre los otros protagonistas electorales, de la derecha o la izquierda, de los dos países.

Hay que observar también una diferencia considerable, casi simétrica: la izquierda ocupa el poder en Chile y la oposición en

tas dos posibilidades. Y de esas simetrías saldría una consecuencia idéntica: una crisis institucional. Como factor geográfico, o de influencia del entorno internacional, la izquierda chilena está más bien aislada en un subcontinente en el que salvo excepciones sigue imperando el «América para los americanos» y, por lo tanto, domina el imperialismo del poderoso vecino del Norte —por distintas vías, por distintos cauces—, mientras que en Europa,

te popular. Disimulan su nombre. El frente popular es una idea comunista, surgida en la Internacional, en 1935, y fue siempre considerado por los contrarios como una «maniobra comunista» para conquistar el poder con la ayuda de los demás. Era una organización militante en una época de fascismo creciente. En Francia, el frente popular se deshizo, por ruptura interna, tras los acuerdos de Munich; en España terminó con la guerra civil.



En Chile, el Presidente Allende está decidido a mantenerse, aun cuando no alcance el tercio de la Asamblea que le es necesario. Y la derecha anuncia que en ese caso, aunque la figura presidencial no esté en juego en estas elecciones, está dispuesta a desalojarle del poder. Tal supuesto implicaría un riesgo de guerra civil...

Francia. En esta simetría puede ocurrir muy bien que en Francia aparezca quizá una mayoría izquierdista que ocupe la Asamblea y el gobierno, mientras el Presidente pertenece a la derecha clásica, mientras en Chile podrá aparecer una mayoría parlamentaria de derechas con un Presidente de la izquierda. Los pronósticos generales indican es-

Francia está rodeada de naciones donde el tímido socialismo no revolucionario y sin colaboración comunista impulsa al cambio: los países del Benelux, los escandinavos, Alemania Federal...

Volvamos a las identidades, que son las que tratan de que la doctrina política general supere las diferencias locales. Son dos elecciones, hemos dicho, de fren-

En los dos casos, fue declarado culpable, con o sin razón: en Francia, de no haber preparado a la nación militarmente para la guerra que se le venía encima; en España, de haber radicalizado la situación política hasta extremos de insostenibilidad. En cualquier caso, eran precedentes que no les interesaba recordar a los actuales fundadores de las coaliciones.



En Francia, la izquierda puede llegar a ganar las elecciones y tener una decisiva influencia sobre la Asamblea, pero el Presidente seguirá siendo Pompidou. Lo que será muy difícil para la izquierda es conquistar una mayoría absoluta, porque la ley electoral está hecha pensando en favorecer a la derecha, cercenando los sectores proletarios de manera que queden repartidos entre zonas de derechas...

EDUARDO HARO TEGLEN

Por eso buscaron nombres que recordasen vagamente el tema: Unidad Popular en Chile, Unión de la Izquierda en Francia.

Los frentes populares

Debe admitirse que la idea general de frente popular consiste en la existencia de un partido comunista en la coalición; otras unidades de la izquierda, otras coaliciones, se han presentado en esos o en otros países sin ninguna alarma y sin ninguna idea de sobresalto histórico. El comunismo y el socialismo comenzaron a separarse hacia 1905, cuando se condenó la participación de los socialistas en «coaliciones burguesas» para gobernar en sus países; y la ruptura se hizo en 1914, cuando los socialistas, desoyendo a los comunistas, participaron en los gobiernos de guerra: es decir, dejaron que prevaleciera el nacionalismo sobre el internacionalismo proletario. Desde entonces hasta el año 35 prevaleció la separación. Se restañó brevemente con los frentes populares de antes de la guerra y reapareció, más dura que nunca, al terminar la guerra. Al convertirse el objetivo principal de Occidente en la lucha contra la URSS y los regímenes comunistas, bajo la dirección de los Estados Unidos, el comunismo quedó segregado, y contribuyeron notablemente a esta segregación las otras fuerzas de izquierda, que no querían

verse comparadas, calificadas de «criptocomunistas» o perseguidas.

Esta situación influyó notablemente en las leyes electorales. Las democracias occidentales, y especialmente las europeas, no podían renegar de la premisa sobre la que habían hecho y ganado la guerra: es decir, la democracia. Y la libertad de prensa, de reunión, de partidos. Y, sobre todo, el sufragio universal. Como los partidos comunistas se habían fortalecido —sobre todo en Francia y en Italia—, las leyes electorales debían estar hechas de forma que, conservando la libertad de voto, no dieran nunca una mayoría sustancial al partido comunista. Esto requería un delicado trabajo: división administrativa del país de forma que las zonas típicamente proletarias fueran despedazadas y sumados sus fragmentos a otras de mayor seguridad; repartos proporcionales de votos; turnos dobles —de forma que en el segundo la rápida coalición de los grupos de derechas pudiera contrarrestar los posibles triunfos comunistas en el primero—, coaliciones de izquierda en las que no se admitía a los comunistas...

Estas reformas se fueron haciendo paulatinamente, y con ellas el partido comunista fue perdiendo diputados en la Asamblea francesa —y en la italiana, y en las de los demás países de Europa—, mientras conservaba el

mismo número de votos. En 1945 tuvo el 26 por 100 de los votos y ganó 148 escaños; en 1951, con el 25,9, no tenía ya más que 103; en 1958 no obtuvo más que el 18,9 por 100, pero sus escaños fueron solamente diez... En 1962 tuvo el 22 por 100 de los votos y 41 diputados, mientras los degollistas, con el 31,9, ganaban 229 escaños. La desproporción es manifiesta y se ve claramente el objetivo de la ley electoral. Que es la misma en estas elecciones de ahora.

Simultáneamente, los partidos socialistas, obligados por la guerra fría a no identificarse con la revolución ni con el partido comunista, dejaron prácticamente a éste el monopolio de las grandes reivindicaciones sociales. En Italia y en Alemania Federal más tarde formaron coaliciones con la derecha (llamada centro, **centro-sinistra** en la coalición italiana de la democracia cristiana con los socialistas) y perdieron clientela electoral. Si en la Francia de 1945 el partido socialista contaba con el 24 por 100 de los votos, en la de 1962 tenía exactamente la mitad, mientras el partido comunista sufría una pérdida mucho menor.

El resurgimiento socialista es posterior. Puede decirse que en Francia es reciente, se inicia a partir de la coalición con los comunistas y de la nueva aventura de Mitterrand. En este momento, a juzgar por las encuestas de

opinión pública, es el primero del país.

El factor esencial

Quiere decirse que el desbloqueo del partido comunista, tanto en Francia como en Chile, es el factor esencial de estas elecciones. Es lo que las significa. Y es, al mismo tiempo, lo que moviliza la campaña electoral contraria. El anticomunismo, olvidado, vuelve a aparecer. En todo esto hay por lo menos dos errores.

El primero es que el desbloqueo de los partidos comunistas —que fácilmente puede continuarse en otros países europeos y americanos— no es un movimiento franco de la izquierda no comunista hacia el hermano segregado, sino que el comunismo ha alterado mucho sus posiciones revolucionarias y sus objetivos políticos. Por la misma razón por la cual la URSS primero, China más recientemente, han modificado sus premisas de revolución mundial para integrarse en un movimiento cooperativo mundial y en una política de potencias. La coexistencia pacífica no podía establecerse solamente en el campo internacional, sino que debía alcanzar a los partidos en el interior de cada país. Los disconformes, los revolucionaristas a ultranza, formaron otras agrupaciones, consideradas como «grupúsculos», como «izquierdismos» por los ortodoxos: fueron proclinos o maoístas, cuando China representaba el revolucionarismo, son ahora trotskistas, o simplemente izquierdistas, o añaden calificativos al término comunista para distinguirse de los ortodoxos. Solamente que tienen poca fuerza en la opinión pública.

Entonces, el primer error es considerar que la alianza con los comunistas es con «aquellos» comunistas; el segundo, que el partido comunista pueda tener hoy —sobre todo en Europa— la fuerza que pudo tener en los frentes populares. La campaña simplemente anticomunista no ha dado resultado en Francia. Puede dárlo en Chile, porque en Chile, como queda dicho, la situación es más tensa y más de carácter revolucionario; y porque Allende es marxista, y el programa de Unión Popular impulsa un socialismo activo, con nacionalizaciones, expropiaciones y reparto de la riqueza, y Mitterrand, que domina la coalición francesa, no lo es —es un tráfuga radical; leyó a Marx tarde y poco— y su programa es de una gran moderación. La campaña anticomunista de la oposición chilena puede ser eficaz y significativa; la de la derecha francesa es torpe y tardía.

El otro factor de identidad es el de la crisis institucional que puede presentarse. En este caso, medidas electorales de seguridad

LA IZQUIERDA ANTE LAS ELECCIONES

de la derecha se van a volver contra ella en los dos casos, aunque sean simétricos como queda dicho. Son dos regímenes presidencialistas. En Francia, la izquierda puede llegar a ganar las elecciones —difícilmente a conquistar una mayoría absoluta por virtud de la ley electoral que la desfavorece— y tener una decisiva influencia sobre la Asamblea, pero el Presidente seguirá siendo Pompidou, como en Chile puede ganar —fácilmente— la derecha y continuar siendo Presidente Allende. Se provocan crisis institucionales. Pompidou ha dado a entender en sus últimas declaraciones que piensa elevar esa crisis al máximo. Es decir, si la Asamblea es contraria a su color político, piensa disolverla y convocar nuevas elecciones generales, enfrentando al país con un caos o un supuesto caos: el de su dimisión. En ningún caso piensa gobernar con la izquierda, sea cual sea el resultado electoral. En Chile, Allende también está decidido a mantenerse, aun cuando no alcance el tercio de la Asamblea que le es necesario. Y la derecha anuncia que en ese caso, aunque la figura presidencial no esté en juego en estas elecciones, está dispuesta a desalojarle del poder. En este caso, el riesgo es de guerra civil.

¿«Cambio de era»?

La aproximación de la izquierda al poder por vía electoral tiene siempre estos riesgos: de que se la desaloje por otras vías o se apuren los términos legales hasta convertirlos en maniobras. Una maniobra muy posible en Francia es la del propio partido socialista. Hasta tal punto está en estos momentos convencido de su supremacía electoral, que bien podría desentenderse de los comunistas, aun después de una victoria en el segundo turno, para aliarse con los reformadores —el centro—.

La importancia teórica de estas elecciones, unida a las que recientemente se han celebrado en otros países europeos y han tenido más o menos el mismo signo —y probablemente anunciadoras de un triunfo laborista cuando haya elecciones en Gran Bretaña—, es el de un regreso de la izquierda. Se habla de diversos factores psicológicos. Se habla de una cierta condición pendular de la opinión pública, que cada cierto número de años oscila de un grupo a otro, y ahora debe estar en la oscilación hacia la izquierda. Es una explicación que parece ingenua. Se habla también del cansancio del poder, de los excesivos años que lleva el conservadurismo rigiendo los destinos del mundo, y de cómo ese

conservadurismo ha impedido el paso a la verdadera dinámica de vida que han proporcionado el desarrollo, la ciencia, la técnica, y que es preciso el cambio para que durante un tiempo haya una «puesta al día», un nuevo reparto de la riqueza, unas modificaciones en las costumbres y los usos de los europeos, una institucionalización continental. Se dice también que es un movimiento histórico general como queda apuntado, simultáneo en todo el mundo con un cierto desarrollo: a la coexistencia de los bloques corresponde un desarrollo de la democracia que había quedado contenida por el esfuerzo de guerra fría. Todos estos factores pueden ser concomitantes. Puede haber también una decisión «desde arriba», llamando arriba a los grupos de capital que siguen dirigiendo al mundo de Occidente: el nuevo maquinismo hace menos necesaria la explotación de clases sociales inferiores, la necesidad de crear mercados de consumo requiere mayor libertad individual y, sobre todo, se ha perdido el miedo a las revoluciones del tercer mundo, al independentismo que fracasó: entonces, el mundo occidental puede seguir explotando por vías neocolonialistas a este tercer mundo, y pueden participar de la explotación hasta las clases sociales menos privilegiadas del mundo desarrollado... Por eso sería más dura la lucha de la izquierda en Chile y más fácil en Francia...

Explicaciones todas ellas con cierta coherencia. Que, naturalmente, aceptan escasamente las clases políticas implicadas en la cuestión, entendiendo por clases políticas no ya los grupos de presión, los grupos de capital y las fuerzas que en general imponen su voluntad en los países, sino los políticos profesionales que ejercen la labor cotidiana de gobierno administrativo. Aquellas fuerzas estarían más dispuestas, en sus sectores más modernos, a abrir las vías a la izquierda y contar con una opinión pública menos tensa y menos conflictiva, a cambio de mejores mercados, de mayor productividad. Las clases políticas conservadoras y los grupos de capital menos modernos tenderían a retrasar por lo menos este movimiento.

Esta es principalmente la importancia que tiene la fecha del 4 de marzo en Europa y en América del Sur. La idea de «cambio de era» es meramente nominal, porque las eras no cambian a saltos bruscos, sino en profundidad —los saltos bruscos son las consecuencias—, y en realidad la era ya ha cambiado. ■ E. H. T.

LA OPCION FRANCESA

JUAN ALDEBARAN

PARA cada escaño de la Asamblea Nacional francesa se presentan —por término medio— siete candidatos: sólo en la Francia metropolitana, al cerrarse el plazo de inscripción, había 3.140 candidatos para 473 escaños. Es la cifra más alta de los últimos años. La Asamblea, contando con los diputados elegidos en ultramar, tiene 490 puestos. Los candidatos representan algo más de una quincena de partidos, separados en cuatro grupos: la unión de la izquierda —comunistas, PSU, con otras formaciones de izquierda más pequeñas; Partido Socialista y radicales unidos

a ellos—, los reformadores —radicales de Servan-Schreiber, centristas de Lecanuet y formaciones menores— la derecha, que forma la mayoría actual de derecha —UDR, de Peyrefitte; Republicanos Independientes, de Giscard d'Estaing y Centro Democracia y Progreso, de Duhamel—; el cuarto grupo es muy reducido y lo forman los partidos de la extrema derecha. Los de la extrema izquierda no entran, generalmente, en las elecciones: no aceptan el sistema. Aparte de estos grupos pueden aparecer algunos candidatos individuales, independientes, sin ninguna remota posibilidad. Estos cuatro grupos electorales se reducen, finalmente, a

